

da en aquéllos la perpetuidad de las doctrinas cristianas que habían brillado en los tres primeros siglos; ninguna de ellas había muerto: todas continuaban dando frutos de salvación. La vida moral del verdadero cristiano estaba llena de armonía y de dignidad; la familia se desarrollaba libre y feliz entre vínculos que sabía que eran eternos. La educación de las almas era objeto de la solicitud más constante, mientras que la Antigüedad se había desentendido de ella dejándola en manos de esclavos, es decir, en lo más vil de que disponía; en cambio, los padres cristianos no la confiaban sino a los religiosos, es decir, a lo más santo que conocían.

Las mujeres, estos genios benéficos del hogar, lo purificaban y santificaban todo a su alrededor; se admiraban las virtudes de Flacila o de Pulqueria en el trono imperial, en donde el Imperio pagano no había conocido más que la ambición de Agripina o la lujuria de Mesalina. ¿Qué era Cornelia, madre de los Gracos, al lado de Mónica, madre de San Agustín? Cuando en el ocaso de su existencia, de pie cerca de la ventana de Ostia, y las manos entrelazadas con las de aquel hijo que tantas lágrimas le había costado, dirigía hacia el cielo las últimas palabras que se dijeron en la Tierra, Mónica podía morir en paz, pues había conquistado para la Iglesia su genio más maravilloso, y dejaba a todas las madres cristianas ejemplo de fecundidad inmortal¹. A las mujeres debía la Iglesia casi todos sus hombres ilustres; una de ellas, la que le había dado a San Juan Crisóstomo, arrancaba a Libanio este grito de desesperación y de admiración: "¡Qué mujeres hay entre los cristianos!"². La suave belleza de estas nobles figuras femeninas tiene algo de tierno y de venerable a la vez: viven en medio de la corrupción sin ser alcanzadas por ella, y su virtud brilla con tanto mayor esplendor cuanto más les amenazan las seducciones del mundo; era un hermoso espectáculo el que daban en plena ciudad de Roma, en aquella ardiente capital de las voluptuosidades sensuales, las ilustres damas romanas que rodearon a San Jerónimo, las Paulas, las Marcelas, las Eustoquias, las Melanias, las Fabiolas, y muchas otras. Dando al olvido su jerarquía, su hermosura y sus riquezas, transformaban sus casas en monasterios, se hacían pobres y se convertían en humildes servidoras de los desgraciados.

Las cadenas de la esclavitud se aflojaban allí donde no se habían roto; las duras manos del dueño se ablandaban ante la voz del predicador, y centenares de bocas inspiradas le repetían bajo formas di-

¹ S. AUGUSTIN., *Confess.*, IX, 10.

² S. JOANN. Chrysost., *Ad viduam jun.* (Migne, t. I, col. 601).

versas las elocuentes palabras de San Pablo a Filemón: "No te dejes llevar en litera —decía San Efrén, poco antes de morir, a una joven que lloraba a la cabecera de su lecho—, pues la cabeza del hombre no debe llevar más yugo que el de Cristo"¹. Había doble lección en este consejo supremo, que indicaba la supresión del lujo como medio de suprimir la esclavitud; en efecto, el horror hacia el lujo, junto con el amor al trabajo, era lo que hacía perder poco a poco su razón de ser a aquella odiosa institución. La Iglesia predicaba aquí también con el ejemplo: rescataba por millares los esclavos y los cautivos, sin distinción de nacionalidad, y vendía hasta los vasos del santuario para dar libertad a las víctimas de la iniquidad social.

No olvidaba tampoco a sus queridos pobres; apenas había salido de bajo tierra cuando hacía brotar una multitud de edificios destinados a aliviar los sufrimientos de aquellos desheredados que la sociedad antigua trataba con rigor tan cruel. La caridad inventaba tantos remedios como males había, y creaba todo un vocabulario nuevo para designar las innumerables instituciones de beneficencia con que cubría el suelo del Imperio. Los hospitales para enfermos e inválidos, los orfanatorios, los refugios para viudas, los asilos para viajeros e indigentes, se levantaron en todas partes: en unas, a expensas de la Iglesia, que administraba los bienes de la comunidad; en otras, por el celo de los simples fieles, que se consideraban administradores de los pobres y les consagraban en vida todas sus riquezas. "¡Mantienen a sus propios pobres!", exclamaban los paganos, y Juliano el Apóstata, en su despecho impotente, se veía obligado a presentar a sus correligionarios, para que los imitaran, los hermosos ejemplos de caridad ofrecidos por los tan detestados nazarenos.

La superioridad intelectual de la Iglesia sobre el mundo pagano era, igualmente, incontestable. Mientras que las letras antiguas, arrugadas, llenas de afectación y momificadas, agonizaban en medio de lo pueril y de lo obscuro, se ve surgir a la grandiosa literatura cristiana, plena de fuerza y de brillo, que desdeña los míseros artificios de la retórica, pero que de un salto sublime alcanza las cimas del pensamiento. El soplo poderoso del espíritu creador rompía el molde estrecho en que los idiomas antiguos encerraban la expresión de las ideas morales y de las miras teológicas, para crear completa una lengua nueva, amplia, libre y desenfadada, que hacía florecer en labios del pueblo expresiones suaves del amor más puro y acentos valientes de la más alta especulación. Aún más: la Iglesia, sintiéndose comprimida dentro de las lenguas clásicas, corría hasta las extremidades del

¹ *Testam. S. Ephrem.*, c. 7 (*Acta Sanctor.*, 1º de febrero).

mundo a llamar al conocimiento de sí mismos a los idiomas adormecidos aún en las mantillas de la barbarie. Hablaba todas las lenguas, como en el día de Pentecostés, y en cada dialecto infundía algo del calor de su elocuencia y de la superabundancia de su vida. Los godos, que paseaban sus carros movedizos por las orillas del Danubio, escuchaban con admiración la voz de su obispo Ulfilas, quien, para hacerles accesibles los libros sagrados, creaba a un tiempo su alfabeto y su literatura. Los etíopes y los egipcios leían en la lengua de los faraones la historia maravillosa de José y de Moisés; Armenia y Siria, inspiradas por el celo en pro de la fe, hacían pasar a su lengua, gracias a la multitud de traductores, el tesoro completo de las letras cristianas. El Occidente rivalizaba con Oriente; mientras que, mediante las traducciones de Rufino y de otros, se iniciaba con gozo en el conocimiento de las obras maestras del genio griego, sus doctores y sus polemistas le dotaban a su vez de una literatura que nada tenía que envidiar a las letras helénicas.

Los nuevos géneros creados por el cristianismo se enriquecían todos los días; la ciencia bíblica comienza entonces a dividirse en dos grandes escuelas de exégesis que son como las dos ramas de un tronco vigoroso: la de Antioquía, que se propone seguir estrictamente el sentido literal, y la de Alejandría, que investiga las profundidades del sentido alegórico. La homilía hace resonar en las Iglesias del mundo cristiano sus acentos llenos de unción y de elocuencia. La apologética opone a los últimos adeptos del paganismo y a los innumerables representantes de la herejía un batallón compacto de intrépidos campeones de la fe. La poesía, con San Efrén, San Ambrosio y Prudencio, canta al Señor cánticos nuevos, que son más dulces y puros que los himnos paganos. La oración fúnebre, esta gran voz de la Iglesia que habla junto a las tumbas gloriosas, halla lugar en el santuario el día en que se oye al obispo de Milán llorar desde lo alto de la cátedra sagrada la muerte de Teodosio. La historia toma vuelos magníficos: mediante la pluma de Sulpicio Severo o de Paulo Orosio abarca con una mirada a toda la humanidad, y muestra en sus anales la realización de un plan divino; después, para percibir todos los contornos, se eleva hasta el cielo con San Agustín, y desde allí los contempla, para volver a trazar la marcha del género humano en un cuadro cuya grandeza sublime jamás será igualada.

A la cabeza de este grandioso movimiento intelectual marchaba una legión de espíritus ilustres que la humanidad nunca había visto en igual número a la vez, consagrando todo su genio a la defensa

de la Iglesia y realzando el brillo de su talento con la santidad de su vida. La elocuencia y el arte de escribir parecían ser el patrimonio de todos los santos; se diría que ninguna nación ni provincia había querido callarse en el concierto armonioso de tantas voces inspiradas. No hay sede episcopal que en esta hermosa época de la literatura sagrada no haya producido algún notable monumento intelectual, ni diócesis que no haya tenido su literatura y escritores propios. Sólo la estéril Capadocia, cuyo nombre jamás había sonado en la historia de las letras antiguas, dió tres doctores de primer orden, que han valido gloria imperecedera a tan pobre país.

¡Con qué prodigalidad parecía haber dispensado la naturaleza sus dones más envidiables a los maravillosos genios que aparecen en primera fila de esta brillante pléyade de inteligencias! Jamás desplegó Sócrates en su lucha contra los sofistas dialéctica más vigorosa que la de San Atanasio, el león de la controversia, cuya argumentación irresistible dió el golpe de muerte al pensamiento arriano en su propia cuna. El alma y la elocuencia de Demóstenes parecen revivir, santificadas y ennoblecidas, en la boca de oro de San Juan Crisóstomo, orador magnífico inflamado por el fuego sagrado de la cátedra, más patético cuando lloraba a Eutropio, prosternado al pie del altar, que el gran ateniense cuando lanzaba sus rayos contra Esquines. Tranquilo y sereno como un semidiós de la Antigüedad, San Basilio trasladaba a sus escritos todas las riquezas de la imaginación griega, mientras que San Gregorio Nacianceno exhalaba en gemidos inmortales la melancolía del alma desterrada, que sólo puede encontrar reposo en la patria celestial. San Jerónimo, espíritu vasto e inquieto, cuya curiosidad universal se dirige sucesivamente a todas las ramas del saber, es el precursor de aquellos prodigios de ciencia y de trabajo que el mundo cristiano encerrará más tarde en sus monasterios. San Agustín, genio de alas inmensas, que en un corazón encendido de amor alimenta la llama de un espíritu luminoso, parece reunir en conjunto armónico todos los tesoros de la inteligencia fecundada por las inspiraciones sobrenaturales de la fe; en pie sobre la cumbre más alta que puedan alcanzar las alas del espíritu humano, queda para los siglos futuros como el tipo más completo del filósofo y del pensador cristiano.

He aquí bajo qué aspecto y con qué proporciones se revelan a la humanidad la obra y el pensamiento de la Iglesia. Pero esto sólo era lo que se veía desde fuera, y no se la conocería sino superficialmente si no se penetrase hasta su corazón para estudiarlo en una creación que era su verdadera obra maestra y en la que había infundido lo

mejor de su alma. Semejante a una flor magnífica, la institución monástica se desplegaba en la cima de la Iglesia como el producto más puro de su savia y el término supremo de sus esfuerzos creadores; en ella se reunía lo más selecto de los cristianos que, no contentándose con el cumplimiento estricto de los preceptos divinos, soñaban con elevarse aún más arriba y alcanzar la perfección. El Salvador mismo, sin imponer a todos hazaña tan noble, había animado a las almas hacia ella, diciendo: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto." Y más aún: había indicado el camino de la perfección a las almas suficientemente fuertes como para seguirle. "*Si quieres ser perfecto —dijo al joven que creía haber cumplido todos los preceptos—, vende todos tus bienes, distribuye su producto entre los pobres, y después ven y sígueme*"¹.

Seguirle era compartir con él su pobreza absoluta, su castidad angelical y su humildad perfecta; era someterse con Él a los oprobios y a las persecuciones, y, como Él, subir al Calvario y morir en la cruz. Por esto, entre los mismos fieles, muchos temblaban de entrar en tan estrecho camino, sintiéndose incapaces de beber el amargo cáliz de Jesucristo. Pero en cuanto brilló ante los ojos del género humano la visión sublime de la perfección evangélica, no cesó de tener amantes intrépidos que corrieron hacia ella por senderos de espinas y que con el corazón rebosante de amor y de alegría seguían las pisadas del Salvador, sin mirar atrás. Fueron numerosos estos ascetas desde la primera generación del pueblo cristiano. Emancipándose de todas las preocupaciones y de todas las afecciones de este mundo, para entregarse únicamente a la gran obra de su salvación, trabajaban por convertirse en imágenes vivas de su Maestro; su corazón no estaba en la Tierra; su vida transcurría en el cielo, y aun en medio del siglo gozaban de una soledad divina. Por otra parte, la situación en que desde el principio se encontraban los cristianos los aislaba del resto de la sociedad, y apartaba los principales obstáculos que hubieran encontrado en el mundo para la realización de los consejos evangélicos. La Iglesia de las catacumbas era ya un monasterio, y todo verdadero cristiano, un monje.

Muy distinta fué la situación cuando la revolución religiosa iniciada por Constantino, quitando bruscamente las barreras que la protegían, a la vez que la aislaban, introdujo en ella una multitud de elementos nuevos y en gran parte impuros. El retiro bendito en que combatían bajo la mirada de Dios dejó de existir para los amantes de la perfección cristiana, y no se encontraron ya tan seguros en

¹ Evangelio de SAN MATEO, XIX, 21.

un mundo que, en lugar de oprobios y de suplicios, ofrecía a la Iglesia honores y riquezas. Comenzó entonces entre los ascetas el movimiento que los empujó hacia los desiertos, para escapar a esas persecuciones, más peligrosas que las de los verdugos. La soledad llegó a ser, así, uno de los elementos esenciales de la vida perfecta del siglo IV; sin duda se veía en ella, más que un fin, un medio de santificación, pero en cuanto se probaban sus dulzuras, resultaba imposible amar otra cosa en la Tierra, pues tales delicias tenía para las naturalezas religiosas esa conversación permanente y única del alma con Dios.

La vida monástica fué, pues, desde el principio la expresión de los esfuerzos más sinceros para realizar los consejos evangélicos en forma apropiada a las necesidades de la nueva situación. El Oriente, que había sido la cuna de la fe cristiana, lo fué también de la institución monástica. Tras los pasos de sus primeros iniciadores, hubo en sus provincias un éxodo largo y continuo que parecía vaciar las ciudades para poblar los desiertos. Las montañas de la Tebaida, las rocas del Sinaí, los arenales de Siria y de Arabia, las desoladas ruinas de las llanuras de Mesopotamia, se llenaban de anacoretas; sólo en la montaña de Nitria había ¡treinta mil! Acudían allí de todas las provincias del Imperio. Entre los solitarios de la Tebaida había hombres que no comprendían más que el latín, y que gozaban así de doble soledad entre hermanos cuyo idioma les era desconocido.

No debía pasar mucho tiempo sin que el Occidente viese florecer igualmente en su seno esta nueva forma de vida perfecta. Cuando, en una de sus tantas emigraciones, San Atanasio fué a Roma a invocar la protección de la Santa Sede contra la herejía, iba acompañado de algunos monjes, y fué el primero en dar a conocer a los romanos el extraordinario género de vida que profesaban aquellos humildes ascetas. Poco tiempo después encontraron imitadores en todas las provincias occidentales, y hubo monjes en todos los lugares en donde había cristianos. En las horribles soledades en que era preciso disputar su existencia a las bestias salvajes, en las tristes extensiones que la cultura antigua, al expirar, no cesaba de ir entregando al abandono, aparecieron hombres que vivían en medio de la naturaleza como ángeles, y que restablecían el imperio del hombre sobre los territorios más desolados. Desde fines del siglo IV la ciudad de Tréveris estaba cercada, por decirlo así, por multitud de anacoretas que adelantaban sus pacíficas celdas hasta los bordes de las colinas sangrientas del anfiteatro, en donde resonaban los gritos de las víc-

timas humanas¹. Estos solitarios practicaban austeridades inauditas; el Oriente, sobre todo, en donde el peso del cuerpo parece menos duro de llevar, presenciaba prodigios que dejaban atrás las hazañas más alabadas del ascetismo antiguo; la existencia de ciertos monjes parecía un desafío a la naturaleza: privados de toda sociedad que no fuese la de Dios, de todo alimento que no fuese un poco de pan y yerbas crudas, sin concederse más que rápidos instantes de sueño, parecían flotar por encima de su envoltura de carne más que vivir en ella; su oración era tan larga como la noche, y la contemplación de las cosas eternas era el único alimento de sus almas.

El patriarca de estas milicias sagradas, San Antonio Abad, es el tipo más asombroso del monje cristiano de aquella época. Cuando, a fines del siglo III, abrazó la vida monástica, los anacoretas, salvo algunas excepciones, no se habían ido a los desiertos; fué él quien abrió el camino hacia ellos y en ellos se fué quedando gradualmente. Durante largo tiempo vivió en una tumba; más tarde se encerró en un castillo arruinado, poblado de sabandijas, y cuya entrada tapió, viviendo durante veinte años en él sin otros recursos que una pequeña provisión de pan y agua que le renovaban cada seis meses. Al cabo de este tiempo, la puerta fué forzada por un discípulo que quería compartir su vida, encontrándole majestuoso, radiante y lleno de inspiración. Otros ascetas construyeron sus cabañas en la vecindad, y la montaña se pobló de monjes. Vivía en medio de ellos como un padre, y los gobernaba con una autoridad que no había sido buscada. Más tarde, el amor a la soledad lo llevó a las partes más inaccesibles de la Tebaida, en donde nuevamente se le unieron sus discípulos, poniéndose bajo su ley.

A veces, arrastrado por un atractivo misterioso, se sustraía a su amor filial para huir a otra montaña; después, atraído hacia ellos por la caridad, reaparecía, visitando los grupos de anacoretas dispersos por los desiertos, consolándolos, animándolos, y orando por ellos, pero rehusando siempre por humildad el darles una regla y presentándoles como tal los consejos evangélicos. Trabajaba con sus manos, y distribuía a los pobres lo que ganaba, tomando sólo lo necesario para su alimentación, que se componía invariablemente de pan, agua y sal. Apenas a lo último de su vejez consintió en aceptar de vez en cuando un poco de aceite y algunas legumbres. Dormía sobre una estera o sobre la tierra desnuda. Nunca se reía, pero jamás estaba triste; no se le notaba el aire huraño que da la soledad, sino que la perfecta igualdad de su humor y la paz interior de su alma ha-

¹ S. AUGUSTIN., *Confess.*, VIII, 6.

bían impreso en su rostro tal serenidad, que se le reconocía aunque nunca se le hubiera visto.

Despreciaba las letras humanas, y no sabía ni aun el griego; pero estaba saturado del conocimiento de la Sagrada Escritura y la repasaba continuamente en su memoria, que le servía de libro. En sus discursos resplandecía una sabiduría divina, y su palabra penetraba en todos los corazones; los filósofos paganos que acudieron a discutir con él, le abandonaron vencidos y encantados. Desdeñaba la discusión, y no se mezcló en los conflictos ideológicos de su tiempo; sin embargo, aunque, según su propia expresión, el solitario era entre los hombres como un pez fuera del agua, en diversas ocasiones se mostró entre las ruidosas muchedumbres de las ciudades, ya para interceder en favor de pobres prisioneros, ya para amenazar con la cólera divina a crueles perseguidores. Tenía cien años cuando Alejandría le vió aparecer por última vez dentro de sus murallas, semejante a un profeta, para confundir a los arrianos, quienes habían esparcido el rumor de que compartía sus errores; predicó allí ante todo el pueblo, desenmascarando a la herejía y convirtiendo a multitud de paganos; después se volvió a su querida soledad, que sólo debía dejar para ir al cielo. Llegado a la edad de ciento cinco años, había conservado en su andar el vigor de la juventud; sus ojos estaban llenos de vida, y sus dientes completos, aunque algo gastados; se extinguió, por fin, después de haber conjurado a sus discípulos a no dejarse seducir por doctrinas heréticas, y su alma dejó sin dolor aquel cuerpo que apenas había habitado.

Tal fué San Antonio y tales fueron aquellos anacoretas ilustres, émulos y hermanos suyos, cuya carrera prodigiosa abre con esplendor sobrenatural la edad heroica de la vida religiosa. La historia de la sociedad humana se admira de tener que detenerse tanto tiempo ante aquellos hombres que huyeron de ella: ocupan, en efecto, un lugar considerable en sus anales, y nadie hubo que ejerciera acción social más poderosa que estos ilustres solitarios. Una atracción irresistible empujaba hacia cada uno de ellos a legiones de discípulos que los tomaban por modelos y guías, construyendo sus celdas cerca de la del maestro, para tomar parte en sus oraciones y aprovecharse de sus ejemplos y consejos. Así, la misma soledad se convertía en madre de la sociedad, pero de una sociedad nueva que dejaba subsistente la soledad, al par que destruía el aislamiento, y cuyos miembros continuaban siendo monjes, dejando de ser anacoretas para convertirse en cenobitas.

Los patriarcas del desierto tuvieron que ceder ante la caridad que

atraía alrededor de ellos a tan piadosa reunión, y tuvieron que consentir en ser su cabeza. Poco a poco se aproximaron unas a otras las celdas y se abrigaron bajo el mismo techo, como se abrigaban ya bajo la misma autoridad. El principio de la comunidad absoluta de todas las cosas prevaleció sobre las predilecciones en favor de la soledad; el dormitorio y el refectorio común sustituyeron en muchas casas al aislamiento de la celda, y la vida ascética, después de muchos rodeos, terminó así por reconstruir, por el amor de Dios, la sociedad que el amor de Dios le había hecho rehuir. Grupos de hermanos que no tenían sino un solo sentimiento y un mismo pensamiento restablecían así las comunidades ideales de los días apostólicos, tal como las había conocido Jerusalén.

Cuando hubo hecho esta última evolución, la vida religiosa experimentó la necesidad de una legislación propia, surgiendo entonces los legisladores. San Macario, San Pacomio y San Basilio redactaron los primeros códigos de aquellas repúblicas espirituales que todos los años daban origen a nuevos enjambres que surgían de la fecunda colmena de la Iglesia. Las reglas se parecían todas en sus puntos esenciales: la oración, la meditación, el ayuno y el trabajo, principales temas de cada día; facilitaban, además, la práctica de la castidad, de la obediencia, de la humildad y de la pobreza evangélica. La oración era como la respiración del alma; la meditación, fecundada por la lectura asidua de los Libros Sagrados, era el alimento de la plegaria, y el trabajo manual se agregaba al trabajo del espíritu. "Estad cansados cuando os acostéis" ¹, decía la regla de San Macario, y San Antonio había comparado el alma del perezoso invadido por las pasiones a unas ruinas que se convierten muy pronto en receptáculo de suciedades e infecciones.

La ascesis, esa gimnasia del alma, contribuía con el trabajo y la oración a mantener la independencia del espíritu frente a los sentidos; el ayuno, riguroso y continuo, no se rompía ordinariamente hasta la tarde, y la carne y el vino quedaron desterrados para siempre de la mesa de los monjes. Estaban severamente prohibidas hasta las menores relaciones entre personas de distinto sexo, sin que nadie pudiera traspasar el umbral de un monasterio habitado por religiosos del otro sexo. La pobreza era absoluta; antes de entrar en el monasterio el monje vendía todos sus bienes, y, una vez dentro, ni siquiera era dueño de sus libros ni de sus hábitos. Debía obedecer no sólo las órdenes de su superior, sino también los deseos de sus hermanos, ya que el sacrificio perpetuo de su voluntad era el más

¹ Reg. S. Macar., c. 8 (Holsten).

grato a Dios. "Debes saber —dice una regla— que el mayor entre dos es el que obedece."

Semejante existencia, que hubiera parecido un infierno a las gentes del mundo, era un paraíso para el monje; cerrada al vicio, lo estaba también al dolor, y con la inocencia del Edén había vuelto a encontrar la felicidad. Reaparecía así en el desierto la sociedad humana en el aspecto virgen y el perfume celestial que hacían de ella una sociedad angelical; por eso, cuando en medio de los placeres y maldades del siglo algún joven de corazón generoso tropezaba con la vida de algún Padre del desierto, era como si la voz grave y dulce de la eternidad le hablase desde el fondo de la soledad, y más de uno, obediente al llamamiento de la gracia, se despedía del mundo para convertirse en discípulo perfecto del Salvador. Hay en la historia del cristianismo un episodio singularmente conmovedor que nos muestra la más célebre de aquellas conversiones repentinas obradas por una sola lectura: el libro era la vida de San Antonio, el narrador San Atanasio y el lector ¡San Agustín! ¹.

Por este ejemplo se ve la misión que llenaban los monjes en la iglesia y en el mundo: habían llegado a tiempo para salvar, llevándolo a la soledad, el tesoro de las virtudes cristianas más opuestas al espíritu del siglo. En el momento en que las filas de los fieles eran invadidas súbitamente por las masas paganas, haciendo penetrar en ellas la sensualidad y la molición, protestaban los monjes, mediante sus obstinadas mortificaciones, contra los ataques dirigidos a la austera disciplina del Evangelio, y mantenían en toda su pureza la tradición de los primeros días. Con su predicación y su ejemplo extendieron sobre la Iglesia entera las vivificantes oleadas del espíritu evangélico, enviando a los hermanos que habían envejecido entre ellos a gobernar a la cristiandad desde las sedes episcopales.

Nótese que todos los grandes obispos del siglo IV, excepto dos, fueron monjes, y hay que añadir que en el V hubo algún monasterio, como Lerins, que se convirtió en verdadero plantel de obispos. Por lo demás, todo monje era apóstol o pastor; la conversión de una buena parte del Oriente se debió a los solitarios diseminados por los arenales de Siria y de las regiones vecinas; por más que se esforzaban en huir de las gentes, eran seguidos hasta lo más recóndito de los desiertos por multitudes ávidas de escucharles y dóciles a sus enseñanzas. Desde lo alto de la columna en que vivió cuarenta y ocho años, San Simeón el Estilita predicó a peregrinos venidos de todas las partes del mundo, y millares de gentiles se convirtieron escu-

¹ S. AUGUSTIN, *Confess.*, VIII, 6-12.